

EL NIÑO HORMIGUERO



NO SE NACE EN VANO
AL PIE DE UN VOLCÁN

1

JULIO VILLANUEVA CHANG

EL

NIÑO

HORMIGUERO





Digamos que se trata de un señor de doce años
que admira los desfiles de hormigas, de un conservacionista
que, en lugar de aplastarlas, las cuida como a una multitud de hermanas menores,
y más aún: digamos que él mismo querría ser hormiga,
o que, si las sorprendiese en su cocina, les daría de comer
o las últimas noticias: «Ustedes llevan ciento cincuenta millones de años aquí».
Facundo Manrique Monti sabe que si hallamos una hormiga
en una esquina, en cualquier jardín, en la Amazonía, será hembra,
y que todas las hormigas obreras son hembras,
y que las que van a la guerra son hembras,
y que hay hormigas esclavistas y son hembras.
Los insectos machos no mandan.
«Casi puedo asegurarte —advierte la bióloga Anne Sverdrup-Thygeson—
que cada hormiga, avispa y abeja que has visto en tu vida
ha sido una chica». Facundo Manrique Monti prefiere conversar
sobre la antigüedad de las hormigas que del videojuego del mañana.
«Me estoy muriendo lentamente —escribió un Charles Darwin de vacaciones—
por no tener a nadie a quien hablar de insectos».
Más que un entomólogo del futuro, más que un enamorado de la pequeñez,
quizás sea un religioso de la naturaleza. «El amor a la naturaleza
es una forma de religión», dijo el biólogo Edward O. Wilson.

«Y los naturalistas, su clero». Un clero que necesitaría más de siete mil millones de feligreses para salvar el planeta. «La naturaleza es un Dios del que dependemos absolutamente», dijo Karem Armstrong, experta en religiones comparadas.

Dice ella que el naturalismo no es una nueva religión:

solo es la más antigua de todas.

Manrique Monti cree en la naturaleza más que en los humanos.

Para llegar hasta la puerta de su casa, hay que agacharse ante una planta, una palma que nos obstruye el paso con su frondosidad, y ante la que nos inclinamos, como una reverencia casual, para poder cruzar debajo de sus hojas.

No hay jardinero que la pode porque crece como le place.

Facundo Manrique Monti no recuerda

cómo se dice *naturalista* en alemán, el segundo idioma

que hablan en su colegio, el Max Uhle,

pero su palabra predilecta es *natürlich*.

Significa *por supuesto*.



No siempre Facundo Manrique Monti

dice *por supuesto*: a menudo discute con papá y mamá,

a quienes reclama dejar de creer que la humanidad

es el centro del mundo. «Aprender a contemplar la naturaleza

en vez de hacernos *selfies*», dice Karem Armstrong,

y FMM comparte ese credo. Ángel María Manrique, su padre,

defensor del pueblo de Arequipa, sonríe ante el impetuoso naturalismo

de su hijo, defensor del pueblo de las hormigas, y debate con él sobre la necesidad de convivir y respetar las diferencias.

«Escucho hablar tanto de política que quiero ser biólogo», dice el hijo, salvador de hormigas en tiempos de lluvia.

Ileana Monti, la madre, quien dirige en la Universidad Nacional de San Agustín una cátedra Unesco sobre mujer, ciencia e innovación, ha decidido aprender de la nobleza de su hijo.

«No le cuestiono sus sentimientos ni ideas: le ayudo a comprender que no todo es como queremos que sea».

Monti trata a su hijo como a un proyecto de diamante.

«Cuido mucho no imponerme. Que no me diga *sí, mamá, tienes razón*», advierte ella, cauta con su propia adultez.

«Trato que siga buscando sus propias respuestas».

Hoy FMM estudia en primero de secundaria.

Si pudiese elegir, estudiaría las hormigas del jardín.

La madre socióloga sabe qué discutir con el hijo rebelde.

«Lo primero es aceptar que él puede ver cosas que yo ya no veo».

Ileana Monti ensaya situaciones para que su hijo aprenda a convivir con gente en desacuerdo con él.

«Lo segundo que le digo es que no hay que juzgar».

Mamá cree que no debería pelear por sus principios desde una superioridad moral.

Y confiar en que la gente puede cambiar.

«Lo tercero es que nos escuche. Tenemos algo de sabiduría».

Facundo Manrique Monti es un discutiador atento que no siempre dice *por supuesto*, un experimento sobre cómo pensar por cuenta propia.

«Todas las palabras me parecen misteriosas», dice él, como si jugara con ellas.







Un niño ve un árbol caído
y rompe a llorar. Derribado en una calle cerca de su casa,
lo mira como a un cadáver asombroso y desconocido
y decide no moverse de allí: cree que puede salvarlo.
Unos empleados del municipio de Yanahuara
lo habían arrancado para adoquinar una calle.
Es un mioporo, un árbol australiano en Arequipa que absorbe
gran cantidad de monóxido de carbono y sabe convivir
con la brisa. Va a anochecer y sus padres
buscan tierra abonada para volver a sembrarlo, pero el serenazgo
les pide esperar hasta el día siguiente a jardineros
del municipio. El niño cree que es mentira,
que el árbol morirá en el suelo. Se angustia por salvarlo.
Su padre llama a la alcaldía, y le dan la palabra
de que a la mañana siguiente habrá allí un árbol de pie.
El niño regresa a casa llorando de ira.
Su madre recuerda que, a los tres años, la única forma de calmarlo
de sus berrinches era haciéndole escuchar
la *Obertura 1812* de Tchaikovsky.
«Sentía que eran unos caballos corriendo».
Pero esto no es un berrinche: es un asunto de vida o muerte.
El padre ha exigido que vuelvan a plantar el árbol.
No se trata de calmar la hipersensibilidad de su hijo.
No se trata solo de oxígeno, nutrición, combustible,

semillas y sombra. Si cada día viéramos tres árboles por la ventana,
dice una investigación, habría menos muertes y más salud mental.
Ver un árbol es un fenómeno del sosiego,
un consuelo verde contra el estrés y la taquicardia.
Ver llorar a un niño al pie de un árbol derribado
es una tragedia ante la que no nos rebelamos.
La muerte de un árbol no es asunto nuestro.
Manrique Monti intentó resucitar uno
como si fuera su hermano.



Cuando despertó, un árbol
ya estaba sembrado allí. Facundo Manrique Monti fue un valiente
que lloró de rebelión. Cuando no está salvando árboles,
es un viajero frecuente al jardín de su casa,
un explorador que se asoma a las hormigas como un gigante
que las protege de las pisadas de sus vecinos,
del agua de riego que las ahoga. No las vigila como un capataz de hormigueros.
Las contempla como un aprendiz de ministro de Trabajo.
Uno siempre lo encuentra en cucullas allí,
inclinado con la atención de un cíclope
tomando notas de la geopolítica hormiguera
en un jardín cuyas colonias ha dividido
en zonas que van desde la letra a hasta la g.
Una coincidencia con la g de Gaucho, su schnautzer

compañero de juegos, un cazador de ratones
en un jardín sin ratones pero con pajaritos, a quien intenta enseñarle
a dormir en su cama de perro, y cuyo nombre
es un homenaje al país natal de su madre.

Cuando no está en un salón de clases,
FMM ensaya algo de Beethoven y tango en su piano,
o se convierte en el último hombre del campo,
el arquero del equipo de fútbol de su colegio, un chico que vuela
para atrapar una pelota como cuando atajó dos penales
en Arica y ganaron el campeonato; o enseña a su hermana
cómo alimentar a las hormigas con un gotero que deja caer
agua con azúcar sobre una hoja. Él toca el piano; ella, el violín.
Ella baila *ballet*; él, lo que puede. Ella y él juegan
con un balón amarillo que lleva impresa una cara feliz.
«Me gusta patear esa pelota porque es tan leve
que el viento la lleva como si fuera suya»,
dice él, con los árboles de su parte.



El primer día de clases de 2019, cuando entraba
a tercero de primaria, Facundo Manrique Monti le escribió
una carta a la directora de su colegio con el mismo lápiz
con que dibujaba dinosaurios. «He decidido no forrar mis cuadernos»,
le dijo. «Ese plástico que utilizamos puede terminar en el mar
y matar a los peces». Un niño de nueve años creía en el poder
de su lápiz sobre un papel cuadriculado.



Acostumbrado a contar hormigas, había hecho cálculos matemáticos:
si mil estudiantes del colegio usaban tres metros de plástico
para forrar sus cuadernos, el mar acumularía tres mil metros más de basura.
«¡Qué le parece —le escribió— si me ayudan a pedir
a los alumnos que no forremos con plástico para cuidar a los peces!».
FMM no era pescador, pero creía en el futuro de su pesca.
Una mañana de agosto de 2019 el cartero llamó a su puerta.
Traía una carta de la directora de su colegio que decía
que gracias a él nadie volvería a forrar cuadernos con plástico.
No fue una decisión tan automática y obediente:
habían armado un debate con estudiantes, maestros y maestras
a partir de su carta hecha a lápiz de carbón. Tras leer la de su directora,
Manrique Monti sonrió sin mostrar todos sus dientes.
No era suficiente. «El Max Uhle es un solo colegio»,
dijo a su madre como un aguafiestas.
«¿Sabes cuántos colegios hay en el Perú?».
Preguntó a su papá qué podían hacer, y el defensor del pueblo
le aconsejó que lo pensara por su cuenta. Propagaron la carta de felicitación
de la directora, y la prensa lo empezó a tratar como a un niño héroe.
La idea de cuidar a los animales era contagiosa, pero el Gobierno
solo pensaba en seres humanos. Facundo Manrique Monti quería más.
Su madre consiguió un número de teléfono.
«Le dije que tenía el teléfono y que decidiera qué hacer».
El niño hormiguero escribió un mensaje a ese número como si tuviera
que salvar a Moby Dick de todo el plástico del mundo.
Era su botella al mar, y le dijeron que lo llamarían.
En tres meses, nadie lo llamó. Insistió. Volvió a escribir.

En diciembre de 2020, el director de Gestión Pedagógica de la Gerencia Regional de Educación ordenó no usar más plástico en libros y cuadernos. Su botella al mar había conmovido a un funcionario que había dejado de responder sus mensajes para resolverlo sin charlatanerías. Un niño de diez años había inaugurado una cadena de decisiones: convenció a su familia, a la directora y a mil estudiantes de su colegio, a un funcionario público y a decenas de miles de estudiantes de Arequipa. «No todos los que gobiernan son malos», dijo asombrado a su madre. El niño que quiere salvar a todos los árboles del mundo y empieza por los de su barrio comparte esa paciencia de los troncos viejos para no moverse de allí. No es raro que un niño declare su ilusión de cambiar el mundo. Lo inaudito es que lo consiga.



Cuando se preguntaba qué habría pasado si el asteroide que extinguió a los dinosaurios se hubiese desviado de la Tierra, el niño hormiguero decidió retirarse de su curso de Religión. Lo había conversado con mamá y papá. «No creo en un Dios supremo que haya creado todo», dice. «Mi dios es la naturaleza». Había discutido consigo mismo durante meses. Sabía que una multitud de científicos creen en Dios, que ciencia y razón no pueden explicarlo todo, pero la religión le parecía un cuento para niños.



Durante la primera clase de Religión a la que faltó,
se fue a meditar frente a una cancha de fútbol. «Me acosté en una banca
del patio con los ojos abiertos mirando al cielo». Allí lo descubrieron
unos compañeros que habían pedido permiso para ir al baño.
FMM se la pasa discutiendo a solas sobre la Tierra.
No cree en zombis ni en fantasmas. En astrología, es cáncer.
Cultiva una astronomía sin un más allá. Dice que los humanos se duermen
al morir, pero cree en la probabilidad galáctica de especies
superiores al *Homo sapiens*. «El hombre es un animal con disfraz»,
dice vistiendo una camiseta verde en la que se lee
The world is yours to explore. Lo dice casi como si le pesara la ropa:
«En verdad me gustaría ser un animal», confirma, por si alguien
aún lo dudara. Manrique Monti cree que para ser un animal hay que ser libre,
y que ser libre es aprender a vivir con la naturaleza.
«Me hubiera gustado que continuaran los incas», lamenta.
«Hubiéramos sido más libres sin el disfraz del dinero».
Libre es para él un chimpancé, más hábil que un humano
con su cuerpo. «Los humanos somos los virus
del planeta», dice, unos esclavos de artefactos que no aprendemos
a vivir sin ellos. «Cuando vemos un teléfono, no pensamos: seguimos
lo que hacen los demás». En tiempos de ansiedad algorítmica,
FMM tiene un teléfono del que no se siente esclavo:
habla con sus amigos por allí, juega al *Pokémon Púrpura*,
y busca novedades sobre hormigas y dinosaurios.
«Yo me autorregulo», dice, sin que le crezca la nariz.
Prefiere leer y volver a leer los mismos libros sobre animales.
Prefiere la nota do a re-mi-fa-sol-la-si. Prefiere ser carnívoro.

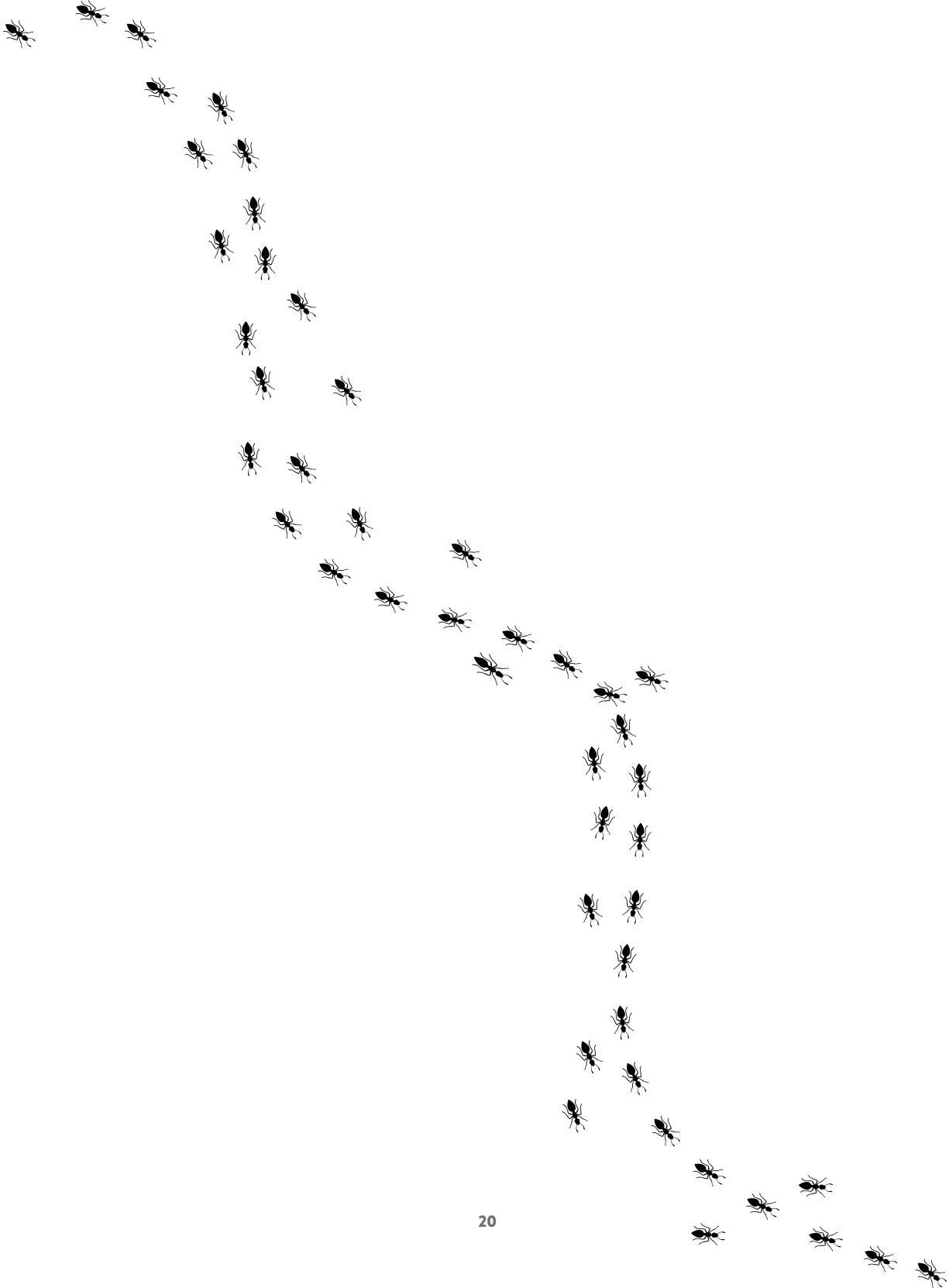




«Ser vegetariano no va a bajar la producción de carne», clava sus incisivos, y, por supuesto, *natürlich*, cree en reducir el maltrato de animales en granjas y mataderos. Sobre qué comer, es un niño salvaje: respeta el instinto. «Un león no odia la naturaleza por comer carne», argumenta. «Una cebra no tiene los dientes ni el sistema digestivo para comerla. Pero, si pudiera, la comería». Dice que ser vegetariano no tiene que ver tanto con amar la naturaleza. Le fascinan el asado argentino y la leche de tigre. Ingredientes de su ensalada favorita: tomate, lechuga y brócoli.



Digamos que va a cumplir trece años y que sigue admirando los desfiles de hormigas. «El cerebro de una hormiga es uno de los más admirables y sorprendentes átomos de materia que podamos imaginar —dijo Darwin—. Tal vez más aún que el mismo cerebro humano». En sus viajes, Darwin, un fanático de los escarabajos y las lombrices de tierra, fue un devoto estudioso de los animales, desde tortugas y papagayos hasta jirafas y ornitorrincos. En los primeros meses de la pandemia, cuando el virus nos había encerrado en nuestras cuevas, Manrique Monti celebraba que algunos animales salvajes visitaran como extraterrestres las ciudades vacías. «Un animal se da cuenta de lo que nos pasa», advierte él,



como si supieran cuando estamos enfermos.

«El Gaucho siente celos hasta de que mi mamá me abrace».

El niño hormiguero devora enciclopedias de animales,
extinguidos o en extinción, a los que, si él pudiera,
salvaría uno por uno, más misionero que mesías.

Dice nunca haber aplastado a una hormiga. O quizás no a propósito.

«Aunque también les gusten los animales, no tengo amigos
que miren como yo a una hormiga», dice él, un espía bondadoso
de su laboriosidad, alguien que registra sus patrones
de conducta como un anticipo de biólogo *amateur*.

«Han aprendido a salvarse del agua cuando riegan el jardín»,
dice como firmando la paz con las mangueras.

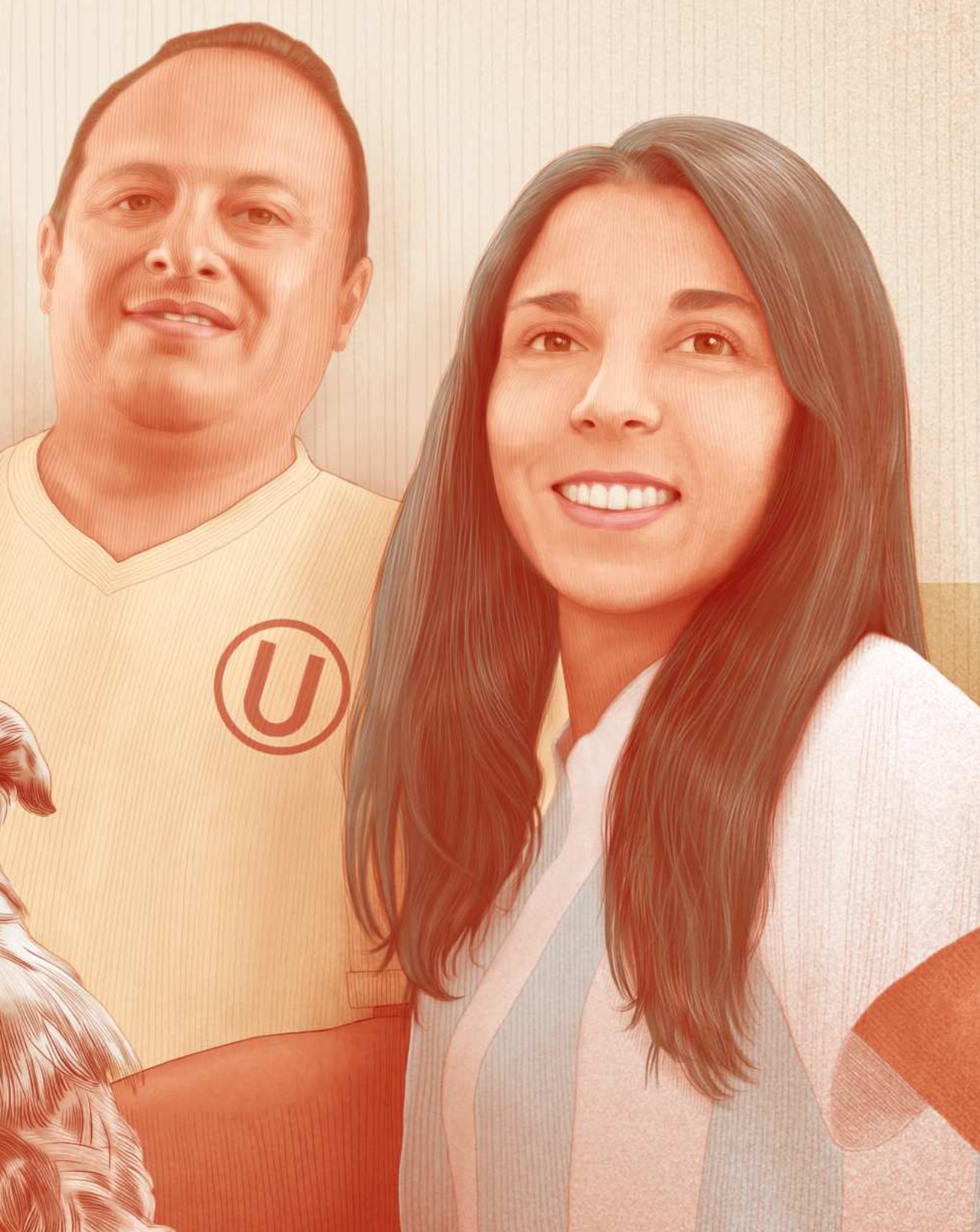
FMM carece de la solemnidad de la activista ambiental Greta Thunberg,
a quien escucha, pero no sigue. Es un chico que puede irse
al colegio con el pantalón al revés, alguien que por las mañanas,
después de peinarse, se coloca una toalla en la cabeza
como turbante para que el cabello se le aplaste.

Digamos que se trata de un chico divertido cuyas batallas
ganadas nos ahorrarán un exceso de antidepresivos.

Decía Edward O. Wilson que, si no existiesen las hormigas,
el mundo se caería: hacen viajar a las semillas,
nutren la cadena alimenticia animales-vegetales-insectos,
limpian desperdicios sin contagiar enfermedades y hasta inspiran
espantosos filmes de hormigas asesinas.

Digamos que, si el niño hormiguero no existiese,
si humanos como él no pudieran seguir trepándose
a los árboles, el mundo también se caería.





NO SE NACE EN VANO AL PIE DE UN VOLCÁN 1 /

El niño hormiguero

© Julio Villanueva Chang, 2024

© Universidad Continental, 2024

Av. San Carlos 1980, Huancayo, Perú

Teléfono: (51 64) 481-430 anexo 7863

Correo electrónico: fondoeditorial@continental.edu.pe

www.ucontinental.edu.pe

Primera edición digital (PDF)

Septiembre de 2024

Huancayo, Perú

Disponible en <https://fondoeditorial.continental.edu.pe>

Concepto de este libro: © Julio Villanueva Chang

Ilustraciones: © Héctor Huamán Escate

Diseño gráfico: Augusto Carrasco Huamaní

Corrección de textos: Roy Vega Jácome

Coordinación editorial: Jullisa Falla Aguirre

e-ISBN: 978-612-4443-82-4

Hecho el depósito legal N.º 2024-09689

* Facundo Manrique Monti estaba predestinado a admirar a las hormigas: su madre nació en Oliva, una ciudad de la provincia de Córdoba conocida hasta fines del siglo XIX con el nombre de Los Hormigueros. Era tanta la abundancia de ellos en la aldea original que en su escudo fundador figura un gran hormiguero, una presencia insólita en los escudos de fundación, acostumbrados a águilas, leones y osos. Las hormigas laboriosas que desfilan en estas páginas no han sido identificadas, pero el niño hormiguero no pierde la esperanza de descubrir una especie de hormiga arequipeña.



 **Universidad
Continental**

ISBN: 978-612-4443-82-4



9 78 612 444 382 4